

oráculos, difunde su luz y su unción. Siempre que nos retiramos á ese lugar profundo y sagrado, y hablamos con Dios, conservamos el gusto por la verdad, por el conocimiento y amor de la virtud; la dignidad de nuestro sér, el horror al pecado, y todo cuanto nos dá derecho á la felicidad eterna; mas, si nuestra alma sale de allí, si se difunde por los sentidos, primero, y luego, por los objetos exteriores, se olvida de sí misma, como se olvida de su Dios; se extravía léjos de sí, y, por lo tanto, se pierde; entónces no tiene otro recurso que reconcentrarse, en cierta manera, en su propio seno, refugiarse en sí mismo, y buscar al Dios, que en otro tiempo encontraba. Esto es lo que nosotros llamamos reconcentrarse en sí mismo: *In se reversus*. Hé ahí el grande efecto de la predicacion evangélica, hacer que esos infortunados pecadores, que corren trás los errores del siglo, se reconcentren en sí mismos, y disipar de este modo las tinieblas que los rodean: es el primer paso de su vuelta. El segundo, que hace en esta afortunada senda, es reconocer su miseria, y, recordando la dulce, tranquila y feliz existencia que llevaba en la casa paterna, compararla con el horroroso estado á que se vé reducido; y acordándose tambien de los esclavos que servian á su padre, exclama: ¡cuántos jornaleros en casa de mi padre, tan grande y tan bueno, tienen pan en abundancia, miéntras que yo estoy aquí pereciendo de hambre! *Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo* (Luc. xv, 47)! Atreveis á decir, oh pecadores, quien quiera que seais, que no moris de hambre; venid á decirnos, que vuestra alma encuentra un verdadero alimento en todas las ilusiones, vanidades y falsos placeres con que tratais de nutrirla. No; vosotros estais hambrientos, y vuestra miseria no conoce límites. Acordaos de las dulzuras que probabais, del pan que os alimentaba en la casa paterna. Pensad en ello, jóvenes, á quienes Dios ha favorecido de un modo especial, que poseeis un talento cultivado, enriquecido por mil conocimientos, que quizá sois aplaudidos por vuestro ingenio: considerad cuán negros pesares os roen con frecuencia, cuántas penas son fruto de vuestros desórdenes, en qué abyeccion habeis caído bajo el imperio de vergonzosas inclinaciones; ved como todo le falta á vuestra alma, y comparad vuestro destino con el del sin número de pobres, de ignorantes, de hombres incultos, y que, sin embargo, tienen el pan en abundancia, el pan de la divina palabra, que la escuchan con consuelo y fruto, en tanto, que vosotros solo conoceis la duda y la incertidumbre, y, por consiguiente, os hallais sumidos en la ignorancia de lo más esencial: *Quanti mercenarii*. Pero el Hijo pródigo no se limita á reconocer su mise-

ria; y este es el tercer paso de su vuelta. Toma la resolucion de salir de la abyecta y criminal situacion á que ha descendido: *surgam*. Yo me levantaré, dice mirando en derredor suyo. ¡Qué situacion horrorosa es esta en que me veo! ¡Qué viles animales me rodean! ¡Qué infecto alimento me es preciso compartir con ellos! Y ¡estos harapos que me cubren! Y ¡ese tirano que me tiene aquí cautivo en tal estado de degradacion! ¡Yo no le debo más que las cadenas de que estoy cargado, y las privaciones á que me condena! ¡Ah! yo me sustraeré á su imperio, romperé mis hierros, y saldré de un lugar tan indigno de mi nacimiento, y de la educacion que me dió mi buen y generoso padre: *surgam*. Y eso es lo que debeis hacer, oh pecadores, esa es la resolucion que debeis tomar. ¿De qué sirven las resoluciones vagas é inciertas, que, por decirlo así, se pierden en los aires? ¿Qué significa ese lenguaje, que usais á menudo: «Tengo pasiones que me subyugan y arrastran; es una desgracia: pero ¿qué puedo hacer?» ¿Qué podeis hacer? arrancaos al estado de molicie, romper los indignos lazos que os unen al crimen, salir de en medio de ese infame rebaño que os rodea, renunciar á ese alimento degradante con el que os nutris, como indigno de un sér razonable; sacudir el yugo de vuestro tirano, é ir á vuestro padre: *surgam, et ibo ad patrem* (Luc. xv, 48). Se acuerda el Pródigo de ese tierno padre, experimentando un sentimiento de viva confianza: *ibo ad patrem meum*. No negaré, que he sido ingrato; pero él será siempre bueno: he sido un hijo desnaturalizado; pero él siempre es un padre tierno: he faltado, no amándole como debia; pero su amor hácia mí forma parte de sus entrañas y no temo que se debilite nunca: *surgam, et ibo ad patrem meum*. Anímete esa confianza, mi querido oyente, quien quiera que seas, aunque fueras un blasfemador, un enemigo de tu Dios; por más que hayas formado parte de las ligas del infierno, dí, que quieres romper tus cadenas: *surgam*; que estás resuelto á volver á tu padre celestial, que te ama siempre, y que no comenzará á aborrecerte, hasta el momento en que hubieras caído en los infiernos: *surgam, et ibo*. No se contenta el Pródigo con la resolucion, no se detiene en ella, sino que ejecuta al instante lo que le dicta su conciencia, lo que el espíritu de Dios le inspira: *surgam*. En este punto, sobre todo, es preciso imitarle, sin tardar ni un solo instante, porque los momentos de la gracia son decisivos.

En el momento en que la voz de Dios habla á un corazón, puede hacerlo todo; al siguiente día, quizá, no podria ya hacer nada. Cuando san Pedro, cargado de cadenas, fué visitado en la cárcel por el Angel, que le dijo: «Levántate y sígueme;» si hubiera querido de-

jarlo para despues, el Angel habria desaparecido, y su cautividad hubiera continuado. Emancipaos, pues, carisimos oyentes, desde este mismo instante. En cuanto lo querais, todo quedará hecho. No os dejéis detener por obstáculos quiméricos. El Pródigo estaba encerrado en una pocilga; las puertas se abren, las dificultades cesan, en cuanto dá el primer paso, el primer movimiento para libertarse. Hélo ya en la senda que conduce á su padre. Pero ¿qué le dirá á ese padre? Consideradlo bien, hermanos míos, porque nada falta al ejemplo que él debe daros.

Confesará: este es el cuarto paso de su vuelta; confesará sus pecados: *et dicam ei: Pater, peccavi*: ¡Oh padre mio! he pecado contra el cielo, contra esa divina luz, que alumbra á todos los hombres; contra todos los habitantes de tu reino, que se han indignado de mis excesos. He pecado contra tí, de quien no he podido separarme, por más ardor que pusiera en la fuga; contra tí, cuyo ojo lo ve todo, que estás presente en todas partes, y lees lo que pasa en mi alma y en mi corazon, como lees lo que pasa en el universo: *peccavi in cælum, et coram te* (Luc. xv, 18). ¿No confesaréis, vosotros tambien, vuestros pecados, oh hermanos míos? ¡Oh pecadores! ¿Continuaréis diciendo, que no haceis nada que no sea justo? ¿Preguntaréis cuáles son vuestras faltas, y qué imputaciones se os pueden dirigir? ¿Diréis, aún, que sois buenos hijos, buenos padres, buenos esposos, hombres honrados, y que no teneis que acusaros de nada? Abandonad tan insensato lenguaje, que no puede engañar á nadie. Aún cuando los hombres no tengan inculpacion alguna que haceros; ¿cuántas no habeis merecido por parte de Dios? El Pródigo no dice que haya pecado contra los hombres, sino que ha pecado contra el cielo.

Y vosotros, los que habeis blasfemado, los que habeis renunciado á toda práctica religiosa, que quizá habeis abusado de las cosas santas; vosotros, los que ya no reconoceis á Dios sobre la tierra, que habeis pecado contra el Cielo y en presencia de Aquél, que conoce todas vuestras obras, que oye todas vuestras palabras, y ve todos los movimientos de vuestra alma; ¡ah! decid tambien; *Pater, peccavi in cælum, et coram te*.

El quinto paso de su vuelta es la humillacion sincera, verdadero sentimiento de humildad á la vista de sus extravíos. ¡Oh! padre mio! ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: *Jam non sum dignus vocari filius tuus* (Luc. xv, 19). ¡Ah! yo renuncio á cuanto hacia mi felicidad en los dias de mi inocencia: sentarme á tu mesa, gozar de tu presencia, recibir de tí aquellas caricias que regocijaban mi corazon, habitar contigo bajo el mismo techo: soy indigno de todo

eso, he perdido todos los derechos que concedias á tu hijo: *Jam non sum dignus vocari filius tuus*. Humillaos, pues, oh pecadores, y acordaos de que el orgullo es el crimen de los crímenes, el crimen de los demonios; y aquel que en su pecado se atreva á aplaudirse á sí mismo, y llegue á querer justificar sus propios desórdenes, está, por lo mismo, tan distante de la justicia y de la virtud, como el cielo lo está del infierno.

El Hijo pródigo no se contenta con humillarse, quiere además hacer penitencia: Trátame, padre, como á uno de tus jornaleros: *Fac me sicut unum de mercenariis tuis* (Luc. xv, 19). ¡Ah! que yo no habite tu querida casa, sino una de las cabañas que hay en tus tierras! ¡Que no vuelva á llevar aquel honroso vestido que cubría á tu hijo, ni estos asquerosos harapos que ahora traigo; sino que se me vista como á tus esclavos y criados! ¡Que coma, no los manjares de tu mesa, sino el negro pan que los alimenta! ¡Que en vez de partir contigo los cuidados del gobierno de la casa, no tenga otro lecho que la dura tierra, y mi sudor riegue vuestra heredad, y tenga el consuelo de cultivar alguno de vuestros campos: *Fac me sicut unum de mercenariis tuis*! Hé ahí las disposiciones del Hijo pródigo; y ya se ha puesto en camino para la casa de su padre. Y su padre ¿qué hace? Cuando su hijo estaba todavía lejos: *Cum adhuc longè esset*; cuando apenas habia dado los primeros pasos hácia él, le ha visto. Tenia siempre la vista fija en el camino por donde se habia alejado el hijo ingrato, y esperaba su vuelta: *Cum adhuc longè esset, vidit illum pater ipsius* (Luc. xv, 20). Del mismo modo, Dios está atento á todos los movimientos de vuestra alma. Aún no habeis concebido la idea de volver á él, cuando ya os mira, sonriendo á tan santa y feliz resolucion. Os mira, y espera el fruto de los santos deseos que os habia inspirado: *Vidit illum pater ipsius*. Y ese padre, ¿qué dirá á la vista del hijo rebelde? ¿Dirá, acaso: «Hé aquí ese hijo desnaturalizado, que salió de la casa de su padre, ultrajándolo audaz é infamemente? El mismo ha labrado su ruina; ¿y ahora vuelve á mí, cubierto de harapos y en tal estado, que podria creerme deshonorado con solo verle? ¿Le recibiré en mi casa? Nó: que se retire, y vuelva con aquellos que le han seducido á tan lamentable situacion.» ¡Ah! no este su lenguaje! Su padre le ve, y enternécensele las entrañas: *Vidit illum pater ipsius, et misericordia motu est*. ¿Esperará, á lo ménos, que llegue á su casa? ¿Se gozará en su primera confusion, en su natural temor? Nó, nó; quizá al infortunado jóven le faltaria valor para entrar en aquella casa, cuyas mismas paredes parecen acusarle; tal vez retrocederia, asustado, no atreviéndose á comparecer ante un padre,

que tiene contra él tantos motivos de queja. El padre, pues, baja y corre á su encuentro, ántes que haya tenido tiempo de articular una sola palabra, ni de hacer reflexion alguna, ni de experimentar ese temor, que naturalmente debia nacer en su alma. Ya le ha echado los brazos al cuello, y le ha dado el beso de paz y de amor: *Et accurrens cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.*

Lo mismo hace Dios con vosotros, pecadores! En el momento en que formais la resolucion de presentaros al tribunal sagrado, para confesar vuestras culpas, se anticipa á vosotros; visita en secreto vuestras almas, y derrama en ellas su divina uncion; abre vuestro corazon á esos nuevos sentimientos, que lo conmueven hasta en sus más delicadas fibras. De ahí esas dulces lágrimas que, á pesar vuestro, derraman vuestros ojos: es que habeis ya recibido la primera prenda de reconciliacion, ese primer beso de paz, que debe hacer os esperar, que se os concederá la divina gracia: *Et osculatus est eum.* Solo entónces, solo despues de haber recibido ese testimonio de ternura, es cuando el Hijo, penetrado de vivo arrepentimiento, tiene fuerza para pronunciar algunas palabras: «Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.» Iba á añadir: «Trátame como á uno de tus jornaleros;» pero no tuvo tiempo. Su padre le interrumpe; le bastaba con haber visto el pesar y las lágrimas de su hijo. Vuélvese hácia sus criados, y les dice: «Presto, traed aquí luego el vestido más precioso con que me gustaba verle adornado en su infancia!» Pero ¿por qué motivo estas ropas han de traerse al momento? ¿Acaso para humillarle y cubrirle de vergüenza, por el contraste de la nítida blancura de ese vestido con los mugrientos harapos que le cubren? Nó: Traed su primitivo traje y ponédselo: *Cito proferte stolam primam* (Luc. xv, 22). Ponedle en el dedo este anillo, prenda preciosa de su alianza, y de la íntima union que tuvo la desgracia de romper: *Et date annulum in manum ejus.* No puedo verle de tal modo desnudo y harapiento; ponedle tambien ese honroso calzado que llevaba en mi casa: *Et calceamenta in pedes ejus.* ¿Lo habeis oido, hermanos míos? ¿Habeis reconocido ese sacramento de la penitencia, del cual nosotros, los sacerdotes de Jesucristo, tenemos la alta honra de ser ministros y dispensadores? ¿Habeis notado que el padre de familia, que aquí representa á Dios, no estaba solo cuando recibia la confesion del pecador; que al propio tiempo que el Hijo pródigo se acusaba, no fué él quien le puso la vestidura de la inocencia, sino que ordenó á sus ministros que lo hicieran: *Proferte et induite.* El primer efecto de la absolucion que el sacerdote pronuncia, es restablecer el alma en su

primitivo estado de inocencia. El segundo, reanudar la alianza rota con el Señor: ese el anillo devuelto á tantos otros pródigos por los ministros del padre de familia. El tercer efecto del sacramento, por la virtud y la gracia que van unidas á él, es, fortificar al penitente en la práctica de sus deberes, poniéndole, por decirlo así, ese calzado, con el cual marchará, en adelante, con paso firme y seguro por la senda del Señor, sin temor á la mordedura de la serpiente, ni á las espinas y abrojos que ántes le herian: *Et calceamenta in pedes ejus.* ¿Son estos todos los efectos de la bondad del padre, que tan bien representa al Dios de las misericordias? Nó, hermanos míos; el padre añade en seguida: Traed un ternero cebado: *Et adducite vitulum saginatum;* matadle, poned la mesa, y celebremos un banquete, y no tenga límites nuestra alegría: *Manducemus et epulemur;* puesto que este hijo mio estaba muerto, y ha resucitado; habíase perdido, y ha sido hallado; *Quia hic filius meus mortuus erat, et revixit; perierat, et inventus est.*

¿Será preciso, hermanos míos, que os hable ahora del otro sacramento que sigue al de la reconciliacion? ¿Os costará trabajo reconocer en la nueva gracia concedida al pecador resucitado, por virtud de la Penitencia, la mayor que puede alcanzar un cristiano, un hijo de la Iglesia, y, sobre todo, un pecador arrepentido? ¿Oh sacerdotes! subid al altar, id, y con la palabra omnipotente, que tantas veces pronuncian vuestros lábios, haced descender del cielo la inmaculada, el Cordero que fué sacrificado: *Et adducite vitulum saginatum.* Inmoladle de nuevo de una manera mística sobre el altar: *Occidite.* Poned la santa mesa; y que Dios, el ministro, y el convidado, es decir, el penitente, que ha obtenido su perdon, celebren juntos un festin, que llene de alegría á los mismos ángeles del cielo: *Occidite, manducemus et epulemur.*

¿Dios mio! cerca está la gran solemnidad de la Pascua, en la cual los justos y los pecadores arrepentidos se estrecharán en derredor de vuestro altar, y participarán de la alegría completamente divina que aquí se me representa. ¿Oh, Dios mio! que el dia en que ese banquete se celebre, lo sea de alegría para el mismo cielo! que los ángeles hagan resonar sus cánticos! que sea un dia de triunfo para el divino Redentor, para el Pastor de las ovejas descarriadas! que sea un dia de regocijo para los mismos pecadores! *Manducemus et epulemur.* ¿Que vuelvan, Dios mio, esos nuevos pródigos, que vuelvan confiados! ¿que no teman que los hijos mayores se sientan movidos á envidia, por la abundancia de gracias que se les concederán! ¿Sed, Señor, pródigo de mercedes para con ellos! olvidad á vuestros

primogénitos, disminuid los favores que acostumbrais concedernos! ¡Sea todo para esas almas, que han entrado de nuevo en el camino de la Cruz! Aún están débiles y flacas, tienen necesidad de consuelo y de que las fortifique vuestra divina unción. Dádselo todo, y solo quede para nosotros lo necesario. ¡Oh, Dios mío! y ¡cuánto me complace en representarme la alegría de esa solemnidad! ¡cuán grande es mi esperanza de que sea celebrada, aún en estos tiempos de infortunio, por un gran número de cristianos, que siempre han permanecido fieles ó que se han convertido! Si el cielo hace fiesta por un solo pecador que haga penitencia, ¡cuáles serán los transportes de júbilo que retumbarán en las bóvedas celestiales, cuando tengamos la dicha de ver, que los noventa y nueve pecadores se acercan al altar, se presentan todos á vuestra mesa para recibir el alimento divino, y podamos decir de cada uno de ellos: «Mi hijo estaba muerto, y ha resucitado: estaba perdido, y se ha hallado?» ¡Dios mío! para consuelo de vuestros ministros y de vuestra Santa Iglesia, esa casta esposa, que tan tiernamente amais, concedednos la gracia que os pedimos; y desciendan vuestras bendiciones con tanta abundancia sobre este auditorio, que produzcan frutos duraderos de conversión y santificación para la felicidad eterna. Amen.

HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

(EL)

Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suae.

Hé aquí que sacaban á enterrar á un difunto hijo único de su madre.

(Luc. vii, 12.)

Luego que el Salvador hubo curado al siervo del Centurion, se dirigió en compañía de sus discípulos á la ciudad de Naim, á cuyas puertas se le ofreció un espectáculo que excitó su compasión. Iba á ser enterrado un jóven, hijo único, única esperanza, único apoyo y delicia única de una madre viuda, arrebatado por la muerte en la flor de sus años; y la desgraciada madre, pálida, desconsolada y llo-

rosa, acompañaba el féretro, resuelta á sepultarse con su hijo, porque no se reconocía con fuerzas para vivir sin él.

El infortunio de esta jóven mujer, viuda y sin hijos, habia excitado en el público una compasión general. Pintada estaba la tristeza en todos los semblantes, la amargura hacia latir todos los corazones, y una inmensa multitud acompañaba á la infeliz madre, llorando con ella y doliéndose de su desgracia. Absorta la desconsolada madre en su acerbo dolor, no despliega sus labios, ni dirige súplica alguna al Salvador. Mas no importa, el espectáculo de su dolor es una elocuente plegaria, que conmueve el corazón de Jesucristo. ¡Oh Señor! Vos no podeis presenciar las miserias del hombre sin compadeceros de él. Por esto el Salvador, acercándose á la afligida mujer, con enternecido acento le dijo: Tienes razón, desgraciada: pero no llores; yo estoy aquí para devolvarte tu hijo: se acercó al féretro en que yacía el frío cadáver del jóven, tocóle, y con voz omnipotente, exclamó: Jóven, yo te lo mando: levántate. ¡Admirable poder de Dios! Apenas el Hijo de Dios acababa de pronunciar estas palabras, cuando, levantándose el difunto y sentándose, rebosando salud y vida, en el mismo féretro, comenzó á conversar alegremente con los que estaban en su inmediación. Entónces, tomándolo el amoroso Salvador de la mano, y haciéndole bajar del féretro, lo presentó á su madre, diciéndole: Véte en paz, mujer venturosa; ya tienes vivo á tu hijo.

Tan extraordinario prodigio excitó en todos los circunstantes un sentimiento de temor reverencial, mezclado de admiración y de asombro; mas, despues, dando todos libre rienda á la gratitud, comenzaron á gritar con el mayor entusiasmo: Alabado y glorificado sea Dios: porque el gran Profeta está ya entre nosotros, y porque este Dios piadoso ha venido ya en persona á visitar á su pueblo.

Ved aquí el tierno é interesante suceso que nos refiere san Lucas: una historia sencilla y clara en su sentido literal; pero que, en su sentido espiritual, envuelve profundos misterios, y se presta para deducir de ella lecciones importantes.

Hagamos algunas reflexiones sobre ella, y no podreis ménos de admirar, por una parte, la profunda miseria de los pecadores; y por otra, la misericordia de Jesucristo, que los llama á la vida de la gracia por las oraciones de su Iglesia. Esto es lo que formará el objeto del presente discurso: en él encontrareis motivos para consolaros y edificaros. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El cadáver del hijo, cuya pérdida lloraba la desconsolada viuda de Naim, habia sido ya sacado de la ciudad para ser enterrado.